



OPERACIONES NAVALES EN LA HISTORIA DE CASTELLÓN

Agustín Ramón Rodríguez González

Como era de esperar, las aguas y costas de la provincia de Castellón han sido escenario de diversas campañas y encuentros navales a lo largo de la historia, si bien sean hoy poco recordados, achaque común en toda España. Nuestra intención en este trabajo es rememorar algunos de ellos, dejando a un lado las etapas antigua y medieval, con noticias escasas y contradictorias en ocasiones, y la contemporánea, que sólo registra en nuestras costas dolorosas contiendas civiles.

Tampoco podemos sino anotar el que y al igual que todo el litoral español del Mediterráneo, las costas castellanenses fueron el objetivo preferente de la piratería berberisca desde finales de la Edad Media hasta los albores de la Contemporánea. El impacto de esa crudísima lucha de varios siglos, que no sólo afectó a la navegación pesquera o de cabotaje, sino a las poblaciones costeras que debieron emplazarse en el interior para evitar las rápidas “razzias” en busca de saqueo y rehenes, con excepciones como la fortificada Peñíscola, es aún hoy difícil de evaluar. Pero la línea de torres de alarma (y algunas fortificadas) que ha sobrevivido en buena medida hasta hoy, construida o remozada varias veces a lo largo de la historia, es el mejor testimonio de lo que supuso esa constante amenaza.

Castellón, base naval en la guerra con Francia entre 1641 y 1644

El gran conflicto europeo que conocemos como la Guerra de los Treinta Años entre 1618 y 1648 condujo a un enfrentamiento aún más largo entre las dos grandes potencias europeas del momento: la ascendente Francia y la ya por entonces declinante monarquía española de Felipe IV. Esta lucha adquirió un perfil nuevo cuando tras la rebelión de parte de Cataluña en 1640, los

insurrectos decidieron pasar a la soberanía del rey francés, cuyas tropas pudieron ver facilitada así la invasión de la Península Ibérica.

Por lo que se refiere a Cataluña, las últimas resistencias importantes eran las plazas de Lérida, Rosas y Tarragona, pronto sitiadas por las fuerzas francesas. En concreto, Tarragona lo era por el ejército mandado por Lamotte-Hondancourt, mientras era bloqueada hasta el hambre por la escuadra de Henri de Sourdis, que curiosamente no veía contradicción entre su empleo de almirante y su condición de arzobispo de Burdeos.

El momento estaba bien elegido pues la agotada España tenía que hacer frente simultáneamente a la rebelión del reino de Portugal, a la lucha contra los protestantes en toda Europa, la siempre muy difícil en Flandes y la continua por mar contra los holandeses. Difícil era reclutar tropas para acudir a tantos frentes amenazados, pero aún más lo era reunir escuadras, ante la pérdida en octubre de 1639 y en la campaña de las Dunas de buena parte de nuestros mejores buques contra los holandeses, la gran expedición a Brasil de Mascareñas para defenderlo del mismo enemigo o la vital necesidad de proteger los galeones de América y su oro.

No estaban por tanto disponibles más que las galeras, al mando de García de Toledo, duque de Fernandina y marqués de Villafranca, que tradicionalmente se habían empleado en la represión de los corsarios berberiscos (argelinos sobre todo) que asolaban nuestras costas. Primero desde los Alfaques y después desde Peñíscola se le ordenó que socorriera en lo posible a Tarragona y que impidiera las comunicaciones marítimas del enemigo por el litoral catalán.

Aquellas galeras, no muy diferentes a las de Lepanto en el siglo anterior, aunque rápidas y sin depender de los vientos gracias a la propulsión a remo, eran ya buques muy inferiores a los grandes galeones oceánicos y sólo aptas para dar caza a las homólogas argelinas o las aún más pequeñas galeotas.

Las galeras eran buques muy maniobrables y especialmente aptos para operaciones anfibas en el Mediterráneo, donde su pequeño calado les hacía fácil aproximarse a las playas y desembarcar tropas y cargas, pero su frágil estructura era poco resistente al fuego enemigo. Mientras que ellas sólo solían disponer de unos cinco cañones en proa, cualquier galeón de mediano tamaño tenía desde una docena hasta una veintena por cada banda y de mayor calibre y alcance que los de las galeras. En una época en que el combate se hacía a

distancia de tiro de mosquete o pistola y al abordaje, la baja estructura de las galeras era sobrepasada por las altas bordas de los galeones, cuyas dotaciones podían barrer con el fuego desde lo alto sus cubiertas sin exponerse por su parte gran cosa.

La única oportunidad de las galeras era, o bien huir de sus más poderosos enemigos remando en contra del viento, o bien, si caía el viento inmovilizando a los galeones, atacarlos por la parte de popa, destruyéndolos el timón y acribillándolos de enfilada por el sector de mínima defensa, ya que, como es sabido, la principal artillería de los galeones se emplazaba en los costados. Aún así, el que una galera atacara a un galeón era un hecho temerario, y el vencerlo, cualquiera que fuera la diferencia numérica, considerado toda una hazaña.

Pese a todo ello, y a que Sourdis alineaba en su escuadra no menos de 30 galeones y 15 galeras, don García de Toledo no se dejó amilanar, conduciendo socorros de víveres y municiones incluso a la aislada Rosas en 35 mercantes escoltados por sus galeras (muchos de ellos eran costeros o pesqueros de Peñíscola y Vinaroz) , amenazando a la rebelde Barcelona e incluso apresando a un gran galeón francés, el “Lion d’ Or”.

Pero mientras la situación en la asediada Tarragona se había deteriorado hasta tal punto que parecía inminente la rendición de la plaza por hambre, por ello se ordenó a don García de Toledo que a toda costa la socorriese con alimentos. Así, en aguas de Peñíscola se reunieron las varias escuadras de galeras de la monarquía española, en su inmensa mayoría de territorios de la Corona de Aragón: las de Nápoles al mando de don Melchor de Borja, las de Sicilia al de don Francisco Mejía, las de Génova al de Juanetín Doria, aparte de las llamadas de España y regularmente basadas en Cádiz. En total hacían 41 buques, a los que se unieron cinco bergantines (en la época galeras muy pequeñas) cargados de alimentos así como ocho de las galeras(2).

En la madrugada del 4 de julio de 1641 las galeras españolas avistaron Tarragona y a la escuadra francesa de Sourdis, fuerte entonces de 32 galeones y 14 galeras, fondeada en línea para impedir que ninguna embarcación llegara a Tarragona, iniciándose pronto el fuego por ambas partes. Parecía que los españoles no tenían ninguna oportunidad de llevar a cabo su misión, pero Toledo aprovechó el denso humo de pólvora que producían las continuas descargas, y con gran decisión cortó la línea enemiga con su galera y las ocho cargadas de víveres, introduciéndolas en el puerto, mientras el resto de las galeras entretenían al enemigo con sus fuegos y maniobras.

Los sorprendidos franceses levaron las anclas, y ya que había poco o ningún viento, remolcaron a sus galeones con sus propias galeras, buscando destruir a las audaces forzadoras del bloqueo. Tres de sus galeras lograron apresar a la última de la línea española, la "San Felipe", que tras heroica resistencia tuvo que rendirse, pero el confuso combate seguía con toda crudeza.

Mientras, don García había desembarcado en Tarragona, y tras conferenciar con el jefe de la plaza, embarcó de nuevo en su capitana, dejando a las de transporte en el puerto, y renovando su audacia anterior, atravesó de nuevo la línea enemiga, llevando su desafío a suspender la boga por dos compases al pasar frente al buque de Sourdis, que observó impotente cómo se le escapaba su enemigo, pues la escuadra de Toledo, una vez cumplida su misión, considerada poco menos que imposible, se retiró en orden a su base de Peñíscola.

Descargó entonces la frustración de los bloqueadores sobre la ciudad y las galeras aprovisionadoras, acercándose la escuadra para echarlas a pique con su artillería, pero la de la plaza les impuso guardar las distancias tras duro combate. También enviaron contra ellas cinco brulotes (navíos incendiarios) pero fueron desviados o hundidos sin prender fuego más que a una galera, bien que se pudo sofocar sin mayores daños. Así al coste de una galera apresada, tres averiadas, unas trescientas bajas y número parecido de prisioneros, se pudo llevar un vital socorro a la plaza. En la corte francesa se criticó duramente a Sourdis, que había sido superado por una fuerza tan inferior y que no había podido evitar el socorro a Tarragona, con lo que las perspectivas francesas en la contienda se volvían muy diferentes.

Pero el alivio no podía ser más que momentáneo, hasta que se consumieran los víveres recién llegados y sobre los que cayeron pobladores y defensores de Tarragona con el ansia que da el hambre, aparte de que las bocas habían aumentado con las dotaciones de las galeras que los llevaron. Por ello se decidió hacer un esfuerzo mayor y liberar a Tarragona completamente de su bloqueo.

Para ello se puso al mando de don García de Toledo la escuadra de galeones de don Jorge de Cárdenas, duque de Maqueda, integrada por los buques de la Armada del Océano, entonces la principal de las españolas, con 30 galeones y fragatas, 4 pataches y nada menos que 65 transportes de provisiones de todo género. A aquellos se unieron las 29 galeras disponibles

después del combate anterior. Vinaroz fue puerto de embarque de muchas provisiones y combatientes, y entre éstos últimos y arengados por el Capitán General del Reino de Valencia, duque de Medinaceli, muchos caballeros y títulos de este reino.

En la amanecida del 20 de agosto llegaron a aguas de la sitiada ciudad, avistando a la escuadra de Sourdis que por entonces reunía 26 galeones, 4 brulotes, 19 galeras y 8 bergantines, que, alarmada, no tardó en ponerse en línea y romper el fuego sobre la española. Empeñado así el combate y separada la escuadra francesa de la entrada del puerto, las galeras españolas entraron en él, escoltando a las 65 embarcaciones del convoy sin el menor inconveniente y ante el júbilo de los defensores. Realizada su misión, las galeras volvieron a salir a eso de las tres de la tarde, atacando a la ya empeñada escuadra francesa por la popa y el costado de tierra, durando el combate hasta el anochecer. Aunque los franceses no perdieron al parecer ningún buque, pocos de su escuadra dejaron de tener serias averías por el fuego concentrado de los españoles.

La escuadra francesa, reconociéndose inferior, se batió en retirada hasta el día 25, en que se volvió decididamente a las costas de Francia, la española se contentó con seguirla a distancia, apresándola un brulote que lanzaron contra ella. Los jefes españoles no dejaron de suplicar a Toledo que rematara su victoria, pero éste, sabiendo que muchas de sus dotaciones eran inexpertas por recién reclutadas y que una tercera parte de los 30 galeones habían sido requisados a sus propietarios particulares o contratados para la ocasión, razones ambas por las que no era de esperar tuvieran ni mucha destreza ni muchas ganas de combatir, se resistió a rematar a la escuadra de Sourdis.

Aquella era también, y don García lo sabía muy a su pesar, la última escuadra de la que podía disponer España, y aunque destruyera a la de Sourdis, era inevitable que sufriera graves pérdidas, sobre todo por los buques incendiarios franceses, por lo que la victoria, por resonante que pareciera, podía ser pírrica, y desgastar nuestras escasas fuerzas navales que debían hacer todavía frente a otros numerosos enemigos. Por ello, y alejado el enemigo de las costas catalanas, aprovisionó a Rosas, Perpiñán y Colibre, y tras amagar a Barcelona, volvió a Tarragona, ya completamente libre al retirarse también el ejército francés que la atacaba por tierra.

Lo conseguido era mucho, y pronto se supo que en Francia, el todopoderoso ministro de Luis XIII, el cardenal Richelieu, destituyó a Sourdis y bajo amenaza de proceso, le prohibió volver a tener mando alguno. Pero en Madrid se juzgó igualmente mal el que don García no acabara con la escuadra

enemiga, y el conde-duque de Olivares ordenó la prisión sin proceso del jefe español, al que le enfrentaban además cuestiones familiares por ser la casa de Alba rival del autoritario ministro de Felipe IV. Así se dió el caso, verdaderamente insólito, que los dos jefes enfrentados, tanto el vencedor como el vencido, tuvieran la misma amarga recompensa. Sin embargo el ostracismo del francés fue definitivo, mientras que el español no tardó en ser rehabilitado tras la caída de Olivares en 1643, repuesto en su cargo y hasta llegó a formar parte del Consejo de Su Majestad.

Pero la guerra seguía, y al año siguiente una nueva escuadra española, organizada en Cádiz bajo el mando de don Juan Alonso Idiáquez, marqués de Ciudad Real, zarpó hacia Cataluña. La componían esta vez 31 galeones, dos fragatas, tres pataches, seis brulotes, seis tartanas con carga y 35 “barcos longos”, botes grandes de remos de servicio para los galeones, al facilitar su carga y descarga, remolcarlos en ausencia de viento, etc. Aparte iban las galeras y un numeroso convoy. En las sucesivas escalas (Málaga, Cartagena, Alicante y Denia) se embarcaron hombres y provisiones y se completaron los preparativos.

En Vinaroz embarcaron en la escuadra 1.000 soldados, concretamente en la de galeras ahora al mando del marqués de Leganés “y con orden de Su Majestad quedaron allí dos navíos de presa de los tres que se tomaron al embocar el Estrecho, para que se descargasen y beneficiasen las mercaderías dellos, habiendo vendido el otro en Cartagena”. Aquellos tres buques, cargados con ricas mercancías del Mediterráneo oriental, eran holandeses. La escala en Vinaroz de la escuadra duró del 12 al 22 de junio, zarpando ese día para Barcelona.

El 30 de junio de 1642 avistaron los buques españoles a la escuadra francesa del conde de Brézé, con 44 galeones y fragatas, 14 brulotes y 17 galeras, fondeada a la entrada del puerto de la ciudad condal, mientras que la española, separada de las galeras por el mucho viento y mar, sólo reunía 42 galeones, fragatas y pataches, y seis brulotes. Pese a su inferioridad y tal vez por el ejemplo anterior, los españoles no dudaron en atacar a sus enemigos a pesar del mal tiempo y a ser las tres de la tarde, prologándose el cañoneo tres horas hasta el anochecer. La tremenda batalla se reanudó el 1 de julio ya con las galeras españolas incorporadas, prosiguió el siguiente y sólo concluyó el día 3 con la retirada completa de la escuadra francesa. El precio de la victoria fue un galeón quemado por los brulotes franceses y otro apresado tras duro combate, con 205 muertos, entre ellos el almirante Feijoo y el comandante de la capitana, don Andrés de Herrera, así como 417 heridos y los 300 prisioneros del apresado, los franceses perdieron cuatro buques, entre ellos el de su almirante Cangé, uno de los más diestros de su escuadra, que murió en su buque el “Guisa” del que de 540 hombres sólo se salvaron una cuarentena al

ser abrasado por un brulote, ascendiendo las pérdidas totales a unos tres mil hombres entre muertos y heridos en combate, quemados, ahogados y hechos prisioneros(3).

Tras el combate, la escuadra española pasó a Mallorca a reparar, aprovisionarse y desembarcar los heridos y enfermos, luego abasteció Rosas y por último, el 20 de agosto fondeaba en Vinaroz con su misión cumplida y habiendo derrotado por segunda vez y hecho huir a la escuadra enemiga.

La larga y cruenta guerra proseguía, habiendo sustituido progresivamente Vinaroz a Peñíscola como base avanzada de nuestras fuerzas navales y depósito de aprovisionamiento, siendo continua la referencia en documentos a escalas, embarques y desembarques de personal y carga de todas clases, reparaciones y envío de expediciones menores. Entre las expediciones más importantes cabe reseñar el que la escuadra desembarcase en Vinaroz y en 1644 unos siete mil soldados de infantería destinados al sitio de Lèrida. Pero como testimonio de la importancia de Vinaroz como base naval en esta fase de la guerra, cabe recordar que muchos de los partes oficiales o relaciones que dan cuenta de los combates y expediciones, son fechados en dicho puerto, de donde salían o eran recibidos los correos que comunicaban la fuerza naval con la corte y gobierno de Madrid(4).

Como es bien sabido, la guerra con Francia se arrastró con sucesivas alternativas hasta 1659, fecha de la paz llamada “de los Pirineos”, sin que hallamos vuelto a encontrar en ese lapso referencias importantes a la costa de Castellón, seguramente por haberse centrado ya el escenario bélico tanto en las costas catalanas como en las italianas, donde por cierto fue muerto y derrotada su escuadra por la española en la batalla naval de Orbitelo el ya duque de Brézé anteriormente citado el 14 de junio de 1646.

Un combate naval desafortunado en 1694

Pese a los múltiples enemigos de dentro y fuera y pese a la brutal crisis económica y demográfica, la España de Felipe IV aún pudo hacer frente a la emergente monarquía francesa, anotándose incluso grandes éxitos y con un balance final no demasiado descorazonador en relación con los peligros que tuvo que afrontar. Pero en el siguiente reinado, el del desdichado Carlos II, las fuerzas de la monarquía española estaban ya exhaustas y eran netamente inferiores a las de la Francia del Rey Sol, Luis XIV, entonces en primer lugar entre las potencias europeas.

La muy debilitada Hacienda Real española no podía mantener las fuerzas terrestres y navales tan necesarias para mantener la integridad de un imperio que apenas había sufrido recortes hasta entonces. Y fue el caso que Luis XIV, pese a ser hijo de una infanta española y estar casado con otra, basó su política en la constante agresión contra las débilmente guardadas posesiones españolas, tanto en Europa como en América, dando lugar a una serie de guerras.

Para aquel entonces la marina francesa había ganado mucho en potencia, número de buques, y sobre todo pericia, llegando a ser un serio rival incluso para las flotas inglesa y holandesa coaligadas. Por contra, en España apenas se podían poner en línea unos pocos buques, mal pertrechados y con escasas dotaciones.

En una de aquellas contiendas, los ejércitos franceses volvieron a invadir Cataluña, si bien ahora los catalanes ya estaban más que curados de su ingenuidad de 1640 de creer que sus fueros y libertades iban a estar mejor salvaguardados por la centralista monarquía francesa que por los Austrias españoles. Pero ahora la superioridad francesa era incontestable, y sus escuadras recorrieron las costas del Mediterráneo español, bombardeando Barcelona en julio de 1691 durante dos días, y poco después durante cinco Alicante. Y mientras, como puestos de acuerdo, argelinos y marroquíes atacaban Orán (entonces posesión española) y Ceuta.

Los pocos buques españoles debían hacer frente a enemigos muy distintos en escenarios distantes, arriesgando mucho para mantener las comunicaciones marítimas, llevar refuerzos a los puntos amenazados y contraatacar a un enemigo muy superior, llegando a anotarse más de un modesto éxito y evitando mayores contratiempos. Pero aquella situación no podía prolongarse mucho.

En la primavera de 1694 se ordenó a cuatro buques al mando de don Diego Antonio de Velasco que llevara unos soldados de refuerzo a la amenazada Barcelona. Velasco cumplió su misión con toda felicidad, burlando a los bloqueadores, pero a la vuelta, y cuando se hallaba frente a Peñíscola, el 20 de mayo de 1694, en la amanecida, se halló entre una poderosa escuadra francesa de nada menos que 54 buques. Los cuatro españoles estaban encerrados entre la poderosa escuadra y la costa, por lo que la huida era imposible, sin embargo, no pensaron en la rendición, que ante el desequilibrio de fuerzas estaba más que justificada, uno de ellos, tras larga resistencia, y

cuando ya se hundía por los disparos enemigos, logró evitar su apresamiento o su ya inevitable hundimiento embarrancando en Vinaroz, con lo que al menos pudieron salvarse los hombres que habían sobrevivido, así como armas y pertrechos. Los otros tres continuaron su combate en retirada hasta los Alfaques, donde hicieron lo mismo: embarrancar, pegar fuego a los cascos para evitar que los apresara el enemigo y poner a salvo en tierra dotaciones y pertrechos. Más no se podía hacer, dadas las fuerzas en presencia, pero muestra de la decisión de los marinos españoles de entonces es que a poco se tomaran cumplida revancha, cuando don Pedro de Montemayor, al mando de dos galeras, se apoderó de un convoy de 25 embarcaciones con víveres y pólvora para el ejército enemigo(5).

El combate de Oropesa en 1801

Debemos dar un salto de casi un siglo para volvernos a encontrar otro combate en aguas de Castellón, excepción hecha de los constantes ataques de los corsarios argelinos y salvo error u omisión por nuestra parte.

De nuevo reinaba en España un Carlos, ahora el IV de su nombre, de nuevo la Real Hacienda y la crisis nacional impedía que nuestras fuerzas navales estuvieran dotadas a la altura de la amenaza, y de nuevo un poderoso enemigo, ahora Gran Bretaña, atacaba nuestras costas. Faltaban sólo poco más de cuatro años para Trafalgar.

Por aquel entonces, los buques ingleses amenazaban continuamente las costas españolas, atacando la navegación costera y hasta desembarcando en ocasiones para destruir las torres de vigilancia que siglos atrás se habían construido contra la piratería berberisca y que ahora servían contra otros enemigos.

La amenaza era tan grande que dicha navegación costera se hacía en convoyes protegidos por unidades sutiles de la Armada, como faluchos y cañoneras, y excepcionalmente con algún buque de mayor tamaño, normalmente corsarios particulares tomados a sueldo de S.M. ante la relativa escasez de auténticos buques de guerra.

En la primavera de 1801 se formó en Barcelona un convoy de ocho pequeños mercantes con destino a Valencia y cargados fundamentalmente con

viveres para su población. La escolta iba mandada por el alférez de fragata don Fernando Dominicis, e incluía tres faluchos, los “Rápido” (insignia), “Cornel” y “Corzo”, pequeños buques tradicionales del Mediterráneo, someramente artillados con un cañón a proa y uno o dos más pequeños (normalmente pedreros que sólo disparaban metralla y a corta distancia para los abordajes) en los costados. La débil escolta se aumentaba con un jabeque corsario, el “Vigilancia” por alias o con la advocación religiosa de “Santa Teresa de Jesús”, un buque algo más respetable, con 160 toneladas, unos 92 tripulantes y armado con 16 pequeñas piezas de artillería, ocho por banda. El capitán del jabeque era el ibicenco don Bartolomé Ferrer, que ya se había distinguido previamente en la peligrosa misión de llevar el correo y socorros a la amenazada Orán, y especialmente, al apresar sobre Altea en 1799 un corsario inglés, el “Joseph Taer”(6).

La primera parte de la navegación transcurrió sin problemas, pero a la altura de Oropesa, el 8 de junio de aquel año, se avistaron tres buques ingleses. Se trataba de los bergantines “Kangaroo” de 18 cañones, el “Speedy” de 14, al mando del mismo Lord Cochrane que hacía poco había apresado al “Gamo” un jabeque mayor y mejor armado que el “Vigilancia”, y un pequeño jabeque con otras ocho piezas.

Para valorar mejor la ventaja de los atacantes, cabe decir que los calibres de las piezas inglesas eran desde el de a 24 libras de bala hasta el de a 8, mientras que los del “Vigilancia” eran de a 4 y de a 3, siendo de a 12 o de a 18 el de proa en los tres faluchos. Otro dato es que el buque mediano de los atacantes, el “Speedy”, tenía 200 toneladas contra las 160 del jabeque español.

El desequilibrio era tan grande, de cuarenta piezas de mayor calibre contra sólo 19 en total del jabeque corsario y los tres faluchos, que el jefe del convoy, Dominicis, mandó acercarse a tierra, fondeando a los mercantes cerca de la orilla y desembarcando sus tripulaciones en botes, ya que, al estar desarmados los buques y marineros, eran más un motivo de preocupación que una ayuda. Los faluchos se acercaron también a tierra, encarando con sus cañones de proa al enemigo, mientras que Ferrer, con su “Vigilancia”, se atravesó entre los mercantes y el enemigo, presentando su débil batería. El fondeadero estaba bien elegido, pues se podía contar con el apoyo de los dos cañones de la torre de Oropesa.

El desigual combate se prolongó desde las 11 de la mañana hasta las 3 de la tarde, acercándose los atacantes a tiro de fusil, con lo que los efectos de su artillería se multiplicaban. A esa hora el “Vigilancia” se hallaba muy averiado en su aparejo y casco, especialmente por varios balazos que le produjeron vías

de agua. Ante su segura pérdida, Ferrer, que estaba herido en un costado, mandó vararlo en la playa y desembarcar a su dotación con su armamento individual de pistolas, fusiles, sables y chuzos, pues se temía un desembarco inglés. Efectivamente, eliminado su mayor enemigo, los botes de los buques ingleses partieron con la intención de apresar o quemar a los mercantes españoles varados en la arena y, por supuesto, al jabeque. El fuego de los hombres de Ferrer, el de los faluchos y el de la torre frustró la intentona, retirándose los botes tras sufrir castigo, aunque pudieron apresar dos de los abandonados mercantes, varados algo más adentro del mar por su mayor calado.

Sorprendentemente las bajas españolas fueron muy escasas, teniendo Ferrer en su baqueteado buque sólo tres heridos, uno de los cuales falleció a los pocos días, aparte de su herida personal. Al día siguiente, su jabeque, reparado, pudo volver a la mar, aunque los ingleses lo dieron por hundido y aún hoy lo repiten en sus narraciones históricas de los hechos.

Mientras tanto había salido del Grao de Valencia otra pequeña agrupación para ayudar al convoy, el también jabeque corsario “Virgen del Carmen” y dos cañoneras, pero la fuerza era tan inferior, que tras varios amagos desde Sagunto, debió retirarse sin llegar a prestar un apoyo cercano al convoy, aunque seguramente su aproximación y el cañonero a larga distancia subsiguiente decidieron la retirada de los ingleses. Tal vez por ello mismo, desistieron de atacar otro convoy de 37 pequeños barquitos en tránsito desde Peñíscola a Alcosobre que avistaron poco después. Con sus dos presas se dirigieron a Mahón (entonces en manos de los británicos) pero juzgándolas de poco valor las dieron fuego, una de ellas ardió totalmente y se hundió, pero la otra abandonada a su suerte fue encontrada por un convoy de cuatro goletas españolas, que apagó el fuego y la condujo a Barcelona, con lo que la pérdida de los españoles se redujo a un solo mercante. Mientras, el convoy que había combatido en Oropesa, llegó felizmente y sin más sobresaltos a Valencia.

El héroe de la acción fue, indudablemente Ferrer, que el 26 de septiembre de aquel mismo año fue premiado con el grado de alférez de fragata por “su valor, inteligencia y celo”, y en otro terreno más material, tuvo la recompensa de que el Estado corriera con los gastos de reparación de su jabeque por orden de 24 de julio.

Tal vez parezca excesivo considerar el combate de Oropesa de 1801 como una victoria española, pero si se tienen en cuenta la disparidad de fuerzas enfrentadas, la moral y pericia de los marinos de la “Royal Navy” en aquella época y el hecho de estar mandados en aquel encuentro por alguien

del calibre profesional de lord Thomas Cochrane, uno de los más famosos marinos de aquellos tiempos, aparte de que todos sus logros se redujeron a las averías al jabeque, reparadas en unas horas, y a apoderarse de dos mercantes abandonados y encallados lejos de la playa, de los que uno fue recuperado, creemos que el mérito de los defensores del convoy es innegable, y su éxito, inesperado en tales circunstancias. Por desgracia desconocemos las bajas en las dotaciones atacantes, probablemente sensibles por el intento de desembarco en botes, dato que hubiera podido ser decisivo, pero creemos que con los apuntados basta para hacer una valoración del combate, y concluir en que, por aquellos años, pocas veces dejaron los marinos británicos de anotarse presas tan aparentemente fáciles como las que se les presentaron ante Oropesa.

Seguramente hubo otros muchos combates navales en aguas de Castellón a lo largo de la historia que merezcan ser recordados, pero deben esperar otra ocasión, si es que hemos merecido la atención del lector y la hospitalidad que se nos brinda en estas páginas. En cualquier caso creemos haber puesto de relieve hechos que no sólo son dignos de ser recordados por formar parte importante de nuestro pasado, sino por prestarse aún hoy a útiles reflexiones. Pero si hemos cumplido nuestros propósitos, es un juicio que dejamos al lector

Notas:

- 1.- Publicado en el *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, Tomo LXXVII, Castellón, Enero-Diciembre 2001, pp. 369-378.
- 2.- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo.- *Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, Museo Naval, Madrid, 1972, tomo IV páginas 280 a 285.
- 3.- *Ibíd*, pp 294 y ss, una relación del combate de Barcelona fechada en Vinaroz el 20 de agosto reproducida íntegramente en pp 310 a 323.
- 4.- Cfr in *ibid*, página 331.
- 5.- FERNÁNDEZ DURO, C, ob cit, tomo V, pp 257 y ss.
- 6.- Los datos sobre el combate en LLABRÉS BERNAL, Juan, "El corsario ibicenco Bartolomé Ferrer en la acción naval de Oropesa el 8 de junio de 1801" en el libro recopilación *Apuntes para la Historia marítima de Ibiza*, Palma de Mallorca, 1958, páginas 107 a 115, donde incluye partes del combate, también en ATIENZA, Antonio, "Los días de la vergüenza" en *La Aventura de la Historia*,

n° 33 correspondiente a julio de 2001, pp 64 a 66 y VON PIVKA, Otto, *Navies of the Napoleonic Era*, London and New York, 1980, página 237.